

Los movimientos culturales como vehículo de cambio*

Heller, Agnes

Agnes Heller: Socióloga húngara, eminente representante de la Escuela de Budapest. Autora de Sociología de la vida cotidiana; Instinto, agresividad y carácter; Teoría de los sentimientos y de varios otros libros, traducidos a diversos idiomas.

Tres movimientos culturales, o partir de la Segunda Guerra Mundial, han transformado la sociedad contemporánea: el existencialismo, la generación "alienada" y los posmodernistas, acompañados - como una constante - por el feminismo. Se trata de una revolución social en profundidad, que ha cambiado nuestro modo de ver el mundo, de adaptarse a él o de modificarlo. A diferencia de una revolución política - dice la autora -, una revolución social no estalla, ocurre, y toda revolución social es siempre una revolución cultural. Estamos demasiado acostumbrados a la historia como historia política como para darnos cuenta de la trascendencia de estos cambios, provocados por los movimientos culturales en la esfera de lo social, en la vida diaria - única e irrepetible de hombres y mujeres.

El término "cultura" o "civilización" se inventó en Occidente como proposición universal entre muchas otras. Aún así, si lo comparamos con otros términos universales como "ciencia" o "libertad", la proposición universal "cultura" ha tenido siempre una connotación pluralística. Se hablaba de ciencia o libertad, por ejemplo, y no de "ciencia occidental" y "libertad occidental" porque la presunción general era que estas cosas buenas son unas e indivisibles. Por otro lado, si se hablaba de "cultura occidental" porque siempre se ha dado por supuesto que existen otras culturas, inferiores o superiores, o incluso sencillamente diferentes de la occidental.

Independientemente de que esas culturas fuesen consideradas superiores o inferiores, las relaciones entre culturas siempre han sido clasificadas en el tiempo y en la historia. Las culturas se suceden unas a otras y es imposible retornar a una

anterior, a no ser a través de un periplo nostálgico que sólo puede realizarse a nivel individual. Bajo esta presunción, las culturas se consideraban universos cerrados que, o bien permanecían cerrados, o bien, si llegaban a abrirse, se consideraba que perdían las características que los diferenciaban de otros, y serían por tanto vulnerables de sucumbir ante la más reciente, la cultura occidental. Esta noción de culturas "extranjeras" coincidía estructuralmente con la división cultural dentro de cada país en los inicios del capitalismo. Los modelos de vida de la aristocracia, la pequeña nobleza, los pequeños y grandes burgueses y los campesinos, se diferenciaban estrictamente uno de otro. El debate sobre la inferioridad y versus la superioridad cultural se producía continuamente entre contendientes de la aristocracia, la pequeña nobleza (en Inglaterra) y la burguesía.

Culturas de clase

El hablar de una cultura de clase en el siglo XIX no es mera retórica. Por ejemplo, la famosa máxima de Disraeli mencionaba dos naciones en una, entre las que ni siquiera existía comunicación. Los movimientos tempranos de las clases trabajadoras, y más adelante los sindicatos y los partidos políticos, independientemente de que abogaran de forma explícita por un programa político para la creación de una cultura específica de la clase trabajadora, todos, sin embargo, contribuyeron en gran medida a que surgiera esta cultura. Las culturas de clase, por regla general, estaban herméticamente selladas y sólo había unos cuantos individuos capaces de cruzar ocasionalmente las fronteras que las separaban. Aún más, atravesar estas fronteras culturales era extremadamente difícil, no sólo para los que se encontraban en el peldaño inferior de la escala y con aspiración a ascender. Henry James fue el gran cronista de las inmensas dificultades que hasta la gente de más riqueza encontraba siempre que se aventuraba a cruzar las barreras culturales que la separaban de las "antiguas familias".

Ya a principios del siglo XIX, la división moderna del trabajo, con su capacidad para estratificar la sociedad en órdenes funcionales, empezó a romper la estricta segregación de las culturas de clase. Los intelectuales independientes, y en particular los artistas, fueron los primeros "grupos disidentes". Estos artistas crearon la "Bohemia" con su específico sabor cultural, y una forma de vida totalmente suya, que no era aristocrática, ni burguesa, ni tampoco trabajadora, sino sencillamente diferente. La cultura "bohemia" rompió gradualmente la hermética cerrazón de las diferentes culturas a escala global, en virtud del hecho de que los "bohemos" de un país tomaban continuamente prestados los materiales,

elementos, temas y motivos artísticos de los denominados "extranjeros" de otros países.

Pero no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando la erosión de la red de culturas de clase se hizo visible e inequívocamente el relativismo cultural ganó ímpetu. Es entonces, por ejemplo, cuando aparece la posibilidad de elegir libremente ciertas formas de vida y patrones culturales, especialmente para la población joven, y es entonces también cuando se generaliza el acceso a los hábitos culturales que anteriormente dependían exclusivamente de la clase social. Además, durante esta época, también se empieza a ver cómo "otras culturas" comienzan a tomar prestadas de las modas de Europa occidental ciertas formas de comportamiento, hábitos, etc. Por supuesto, un acontecimiento paralelo tan evidente exige una explicación multicausal. Ya he mencionado antes el surgimiento de la división funcional del trabajo como uno de los factores que contribuyeron a que eso sucediera. Además, podrían mencionarse entre otros muchos factores el nacimiento de la producción en masa y el crecimiento de los medios de comunicación de masas, la descolonización, la disminución de las horas laborales en los centros del oeste y norte de Europa.

Nuevos significados

Pero más que concentrarme en las causas, preferiría sin embargo discutir brevemente lo que podríamos denominar las instituciones de significado imaginarias (tomando prestada la frase de Cornelius Castoriadis). Desde mi punto de vista, después de la Segunda Guerra Mundial hubo tres movimientos diferenciados en los que se crearon nuevos significados imaginarios para las formas de vida. Deliberadamente haré caso omiso de las tendencias teóricas (como por ejemplo el estructuralismo) que han influido considerablemente en nuestra visión del mundo. Por el contrario, me centraré únicamente en puntos de vista y filosofías mundiales surgidas a raíz de los diversos movimientos culturales. Porque fue en los movimientos propiamente dichos donde se cambiaron los modelos de vida y lentamente se empezó a crear una nueva división de culturas de clase en la vida cotidiana. Huelga decir que aún no hemos llegado al final de esta tendencia, pero si nos encontramos lo suficientemente metidos en ella como para ser capaces de observar sus orientaciones principales.

Por regla general, una nueva generación de hombres y mujeres jóvenes han estado tomando la iniciativa procedente de una generación joven anterior, desde los tiempos de la Revolución Francesa en adelante. Sin embargo, los diferentes

patrones de acción, aspiración e imaginación de la juventud de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial se diferenciaban claramente de los de las generaciones anteriores. Más concretamente, la diferenciación entre estos patrones ha ido aumentando progresivamente de generación en generación. Aunque los intelectuales, los filósofos, los sociólogos, los escritores y los artistas también tuvieron su parte en la creación de los movimientos y en la articulación de sus aspiraciones, la juventud a la que se dirigen y las aspiraciones y autopercepciones que representan se diferencian claramente de las del anterior grupo disidente burgués, la "Bohemia". Los movimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial no revivieron los viejos clichés de una forma de vida estética; su extravagancia no era estética, sino más bien existencial. Y aún menos se veían ellos mismos como los cohortes de una nueva élite política. Tuvieran o no una orientación política, no se podía considerar a estos movimientos como futuros candidatos en un proceso para intentar un cambio hacia la élite.

En una sociedad caracterizada cada vez más por la división funcional del trabajo, el término "joven" es equivalente al término "prefuncional". Dicho de otro modo, todo el que todavía no ha sido absorbido por una función dentro de la división del trabajo, es joven. Los movimientos juveniles empiezan a atraer y a absorber a jóvenes procedentes de medios sociales extremadamente diferentes, independientemente de que su función posterior vaya a ser la de un académico, la de un asistente social, o la de un trabajador autónomo o industrial, etc. La tendencia hacia la ampliación del "poder de absorción" social de los movimientos se manifiesta claramente. La tendencia cultural de los "punk" es un buen ejemplo.

Sin embargo, la existencia prefuncional es al mismo tiempo una existencia anterior a la estratificación. Como tal permite el desarrollo de formas de vida que ya no tienen las características de las culturas de clase. Ya no basta con ejercer una función institucionalizada para preformar unos modelos de vida, mientras que si lo hace el ser "burgués" o "trabajador". Esta es la razón por la que la gente no puede deshacerse de los vestigios de una "cultura joven" específica una vez que han adquirido una función social. Ciertos elementos de su propia "cultura joven" continuarán dando forma a sus estilos de vida como adultos. Es fácil deducir que este es, en efecto, el caso.

La transición desde las culturas de clase tradicionales hacia la cultura moderna estaba predestinada a dar origen al conflicto generacional más violento y jamás conocido por los hombres y las mujeres modernos, y este dramático proceso se repite donde quiera que todavía existan culturas de clase tradicionales. Sin

embargo, una vez que los propios padres y madres han sido formados por un movimiento moderno, el conflicto generacional entre ellos y sus hijos será relativamente amortiguado, incluso aunque desapruében sus respectivos valores y formas de vida. El amortiguamiento del conflicto generacional no es más que una señal entre muchas de los cambios estructurales en los que están enraizados los nuevos movimientos culturales.

Tres generaciones consecutivas han aparecido en la escena de los movimientos culturales después de la Segunda Guerra Mundial: la generación existencialista, la generación alienada y la generación posmodernista, utilizando los términos con los que ellos mismos se describen.

Oleada tras oleada

Los movimientos culturales modernos aparecieron en oleadas, y esto sucedió así por la sencilla razón de que la nueva generación tenía que "hacerse adulta" en el sentido de que tenía que crear una nueva "institución imaginaria" para ser capaz de tomar el relevo de la generación anterior. La primera ola se inició tras la guerra, y alcanzó su punto álgido a principios de la década de los cincuenta. La segunda oleada tuvo su origen en los acontecimientos que ocurrieron a mediados de la década de los sesenta, y culminó en 1968, pero continuó creciendo hasta mediados de la década de los setenta. El tercer movimiento surgió en la década de los ochenta y todavía no ha alcanzado su cenit. El segundo movimiento surgió a raíz del primero, y el tercero a raíz del segundo; tanto en un sentido de continuación, como en el sentido de inversión de los signos del movimiento anterior. Al responderse mutuamente, cada oleada continúa la pluralización del universo cultural en la era moderna, así como la destrucción de las culturas de clase. Aún más, cada oleada un nuevo estímulo al cambio estructural en las relaciones intergeneracionales. Esto último no es independiente de lo anterior, ya que el cambio estructural en la relación intergeneracional no es sino otro modelo de vida cotidiana que conduce hacia el relativismo cultural.

Los términos "olas" y "generaciones" son más precisos que el término "movimiento". Aunque las olas consistan de movimientos sociales y culturales, ciertos movimientos continúan una trayectoria recta a través de distintas generaciones, en lugar de aparecer en olas; el feminismo es el ejemplo más claro. En la cresta de estas olas, los movimientos que son "compañeros de viaje" de la tendencia principal tienden, por regla general, a fundirse con los anteriores, para desconectarse de estos sólo de forma provisional. Además, una ola es más amplia

que la suma total de los movimientos que surgen conjuntamente con ella y que se funden nos con otros al alcanzar su punto álgido. Normalmente los movimientos encuentran resistencia, provocan contramovimientos, pero hasta ahora los propios contramovimientos llevan la marca de las olas que han hecho que emerjan a la superficie. Y lo que es quizás más interesante, incluso las personas, las manifestaciones de acción social y las instituciones que aparentemente no tienen nada que ver con las olas mantienen algo en común con ellas. Al menos participan también en esos cambios de la "institución imaginaria" social de la que la ola es una expresión.

La generación existencialista

La generación existencialista fue la primera y la más cerrada. La rapidez con la que el mensaje de Sartre, aunque no necesariamente su filosofía, penetró en las mentes de los jóvenes de Europa occidental y hasta cierto punto en las mentes de los jóvenes de Europa central y del sur, no carecía de antecedentes. Finalmente, el movimiento romántico se extendió tan rápidamente como el movimiento existencialista, y todo esto había sucedido hacía más de un siglo. Lo que sin embargo no tenía precedentes era el carácter del movimiento, y aún más la circunstancia, que sólo se puede percibir retrospectivamente, de que la ola existencialista fue el primero de una serie de fenómenos extremadamente chocantes en la historia occidental durante la segunda mitad de nuestro siglo. El carácter sin precedentes del movimiento se debía a su situación histórica.

Este movimiento parecido al romanticismo surgió inicialmente como una sublevación de la subjetividad contra la osificación de las formas de vida burguesas, contra las restricciones normativas y ceremoniales arraigadas en esta forma de vida. La rebelión de la subjetividad tuvo una implicación política, pero no de forma más explícita que los movimientos románticos anteriores. Pero anteriormente se había experimentado el cataclismo del totalitarismo, que había tenido como efecto el que la experiencia vital de limitación tan típica de la modernidad se convirtiera también en una experiencia de libertad personal. Sin embargo, la libertad de la persona como ser limitado ya no era suficiente como noción de libertad. La libertad tenía que politizarse. A esto hay que añadir la culpabilidad de la colonización y la experiencia de la descolonización. En esta experiencia se combinaron la politización de la libertad y la relativización de la cultura (occidental y burguesa). Todo esto se extendió por Europa en una serie de prácticas culturales. La actitud de "escandalizar al burgués" es precisamente el gesto que hace que hombres y mujeres en rebelión dependan de lo burgués. Pero

en la ola existencialista ya no estaba presente esta famosa actitud de épatier. Lo que importaba ahora era hacer las cosas a nuestro modo, poner en práctica nuestra propia libertad. Sartre y los otros mandarines franceses fueron los directores de orquesta, pero había mucho más en ello. Hombres y mujeres jóvenes, intoxicados por la atmósfera de posibilidades ilimitadas, empezaron a bailar de forma existencial, a amar de forma existencial, a hablar de forma existencial, etc. Dicho de otro modo, estaban empeñados en liberarse.

Los "alienados"

La generación alienada, que alcanzó su punto álgido de 1968, supuso a la vez una continuación y una inversión de la primera ola. Su experiencia formativa no se encuadra en la guerra, sino en el boom económico de la posguerra y en la ampliación de las posibilidades sociales dadas. Además, su experiencia no fue el amanecer sino el ocaso de la subjetividad y la libertad. Mientras que la generación existencialista, a pesar de haber descubierto la alienación, la falta de vida de las instituciones modernas y la insensibilidad de la limitación, era sin embargo un colectivo más bien optimista, la "generación alienada", por el contrario, inició su andadura en la desesperación. Precisamente porque esta generación tomó en serio la ideología de la abundancia, se rebeló contra la autosuficiencia del progreso industrial y contra la opulencia, a la vez que reivindicaba el sentido, el significado de la vida. La libertad seguía siendo el valor principal, sin embargo, a diferencia de la generación existencialista, la "generación alienada" ha seguido comprometida con el colectivismo. La búsqueda de la libertad era una meta común.

A pesar de un aumento de la desesperación, la generación alienada se afirmó en virtud del proceso mediante el cual diferentes movimientos confluyeron en la cresta de la ola. En este proceso de fusión, nada volvió a ser como antes de que apareciera esta generación. Un movimiento defendió la extensión de la experiencia humana a áreas tabú (y fomento el culto "radical" de las drogas causando un daño indescriptible); el otro movimiento reivindicó la ampliación de la familia, otro defendió el retorno a la simplicidad de la vida rural, mientras que otros movimientos defendían la liberación sexual u homosexual. Algunos movimientos plantearon objetivos políticos concretos, mientras sus compañeros se dedicaban al teatro experimental, a espectáculos improvisados, a la educación permisiva o a la defensa de la consigna "lo pequeño es bello". Es imposible enumerar todas las cuestiones y prácticas utilizadas por la segunda ola del movimiento cultural para adentrarse en la percepción y auto-percepción de la civilización occidental moderna.

El posmodernismo

En términos de teoría social, el posmodernismo nació en 1968. Por decirlo de algún modo, el posmodernismo fue la creación de la "generación alienada" que esta vez se desilusionó con su propia percepción del mundo. Se puede afirmar que la derrota de 1968 fue la razón de este desencanto (eso si existió tal derrota, lo que sigue siendo una cuestión abierta). Sin embargo, también se podría mantener que el posmodernismo ya había aparecido al principio de los movimientos de 1968, especialmente en Francia y que, por lo tanto, debería considerarse simplemente como la continuación del movimiento anterior.

Sin embargo, independientemente de lo que ocurriera en la escena teórica, los movimientos en si parecieron desaparecer. El mismo teórico que seguía transmitiendo el mensaje de la generación alienada, por ejemplo, hacia discursos sobre la derrota final de los movimientos sociales. Mientras tanto, ocurrió algo más. Mientras se desvanecían los signos externos de los movimientos, seguía habiendo un movimiento; o más bien, había varios movimientos, pero eran invisibles porque eran esencialmente psicológicos e interpersonales. Estos movimientos saturaron las relaciones humanas con su mensaje hasta tal punto que alteraron el tejido social del que habían surgido.

El mensaje que conlleva el posmodernismo como movimiento cultural (no como ideología, teoría o programa) es bastante sencillo: todo vale. No se trata de una consigna de rebelión, y de hecho el posmodernismo no es rebelde. En lo que se refiere a la vida diaria existen muchos elementos y modos de vida contra los que el hombre y la mujer modernos pueden o deberían rebelarse; y sin duda alguna, el posmodernismo permite todo tipo de rebelión. Sin embargo, no existe un objetivo único importante que de pie a una rebelión colectiva o integrada.

El "todo vale" puede interpretarse de la siguiente forma: tú puedes rebelarte contra lo que te apetezca, pero déjame a mí rebelarme contra algo en particular contra lo que quiero rebelarme. Y también está la alternativa: permíteme que no me rebele contra nada porque me siento totalmente a gusto.

Para muchas personas, este pluralismo sin límites es un indicio de conservadurismo; y la pregunta que se plantea es si no existen cuestiones cruciales contra las que habría que rebelarse. Y sin embargo, a decir verdad, el posmodernismo no es ni conservador, ni revolucionario, ni progresista. No es ni una corriente de esperanza naciente, ni una ola de profunda desesperación. Se trata

de un movimiento cultural que hace que este tipo de distinciones sea irrelevante. Cualquier cosa, ya sea conservadora, rebelde, revolucionaria o progresista puede formar parte de este movimiento. Y esto no se debe a que el posmodernismo sea apolítico o antipolítico, sino a que no representa ninguna tendencia política en particular.

De hecho, ha triunfado el relativismo cultural, que inició su rebelión contra la fosilización de las culturas de clase y contra el predominio "etnocéntrico" de la "única cultura correcta y auténtica", es decir, la herencia occidental. Y su triunfo ha sido tan absoluto que actualmente puede atrincherarse. Y los que están ahora en proceso de atrincherarse son los miembros de la nueva generación que han aprendido su lección y han llegado a sus propias conclusiones. El posmodernismo es una ola dentro de la cual son posibles todo tipo de movimientos, ya sean artísticos, políticos o culturales. Hasta la fecha ya hemos visto varios movimientos nuevos: movimientos centrados en la salud, la lucha contra el tabaco, el culto al cuerpo, la medicina alternativa, los maratones y el jogging. Ha ido surgiendo un movimiento de contrarrevolución sexual. Hemos tenido, y en este momento estamos teniendo, aunque en menor grado, movimientos pacifistas o antinucleares. Los movimientos ecologistas están en pleno auge. Estamos presenciando la expansión de movimientos feministas, movimientos en favor de una reforma educativa, y muchos más.

Las revistas de moda son tal vez el mejor indicador del carácter pluralista del posmodernismo. La "moda" como tal ya no existe, o más exactamente, todo o muchas cosas están de moda al mismo tiempo. Y ya no tenemos "buen gusto" o "mal gusto". Aunque, claro esta, todavía podemos referirnos a tener gusto o no en el sentido de ser capaces de distinguir entre lo mejor y lo peor dentro de un mismo género.

Por lo tanto, si nuestra cultura va a asimilar el posmodernismo en su totalidad, acabaremos por fin la transformación que empezó con la generación existencialista después de la Segunda Guerra Mundial. Esto no constituye una profecía sobre el fin de los movimientos, sino lo contrario. Lo que está afirmación predice es una situación en la que las transformaciones culturales concretas tienen lugar en la medida en que tales transformaciones resultan de un movimiento u otro; sin embargo, los movimientos en sí no se producen en olas generacionales. Finalmente, estos movimientos no serán los "movimientos de los jóvenes"; no serán sólo movimientos interclasistas, sino también movimientos intergeneracionales.

Como introducción a la corta historia de las tres generaciones que han creado nuestras actuales "instituciones imaginarias de significado" culturales, he señalado dos evoluciones decisivas. Cada ola prosigue la pluralización del universo cultural en la era moderna, a la vez que destruye las culturas de clase. También he añadido que cada ola ha dado un estímulo nuevo al cambio estructural en las relaciones entre generaciones. Entraré ahora en detalle en estas cuestiones fundamentales.

Plantearé simultáneamente lo que las tres olas de movimientos culturales han conseguido hasta ahora y lo que puede esperarse que ocurra en un futuro próximo. La transformación es desigual, ya que el presente de un país es el futuro de otro. Ningún factor individual puede explicar todas las diferencias en cuanto a la rapidez y al carácter de la transformación. En lo que se refiere a transformaciones culturales, tradiciones de origen diferente pueden acelerar o frenar un proceso. Por ejemplo, los modos de vida tradicionales burgueses están más arraigados en Alemania que en Escandinavia.

Pero incluso allí donde las transformaciones son más espectaculares, aún se encuentran lejos de estar completadas. Las culturas de clase todavía son muy evidentes. El sentimiento europeo de superioridad no ha desaparecido y todavía existen formas graves de conflictos generacionales. Por lo tanto, en el fondo se trata más bien de una tendencia que de un hecho consumado.

Una tendencia es una posibilidad, y esta puede considerarse como algo menos que una "realidad". Pero también podríamos estar de acuerdo con Aristóteles en que la posibilidad es superior a la realidad, en que la poesía es más verdad que la historia. La posibilidad que se menciona aquí implica una pequeña dosis de poesía, pero está basada en la extrapolación de rasgos socioeconómicos contemporáneos que han sido descubiertos, discutidos y corroborados mediante datos empíricos por sociólogos como Touraine, Offe y Dahrendorf.

Por el consumismo

La extinción de las culturas de clase puede explicarse a partir del crecimiento del consumismo. Anteriormente, tanto el modo de vida burgués como el de la clase trabajadora se centraban en el rendimiento laboral. Sin embargo, en lo que actualmente denominamos "sociedad posindustrial", el centro de las actividades cruciales de la vida es el tiempo de ocio. Como ha señalado Dahrendorf recientemente, una proporción no superior al 25 por ciento de la población de los países del Mercado Común Europeo realiza trabajos socialmente necesarios, lo que

quiere decir tener un empleo o ser propietario de un negocio. Y lo que es más, el cumplir una función ya no proporciona la "materia" suficiente a partir de la cual se puede constituir un modo de vida. En relación con la actividad vital en su conjunto, el cumplimiento de una función puede considerarse como algo que nos limita bastante, y por lo tanto difícilmente puede ser el eje central de la identificación cultural. Es más bien el nivel de consumo (la cantidad de dinero empleada en consumir) lo que se convierte en fuente de identificación cultural. Por lo tanto, la identificación cultural es una cuestión más cuantitativa que cualitativa. La "generación alienada" estaba convencida de que el tipo de consumo preferido se había generalizado socialmente bajo el impacto de la manipulación de gustos y deseos, creados originalmente por los medios de comunicación de masas. De acuerdo con esta idea, se manipulaba a todo el mundo para que disfrutara, estuviera satisfecho o necesitara "lo mismo", independientemente de que "lo mismo" fueran artículos, productos, formas de arte, determinadas prácticas o cualquier otra cosa.

Aunque el crecimiento del consumismo se frenó bruscamente con la llegada de crisis y depresiones económicas, y aunque la "sociedad opulenta" demostró ser mucho menos opulenta de lo que la generación alienada había supuesto, los modelos que dieron origen al "paradigma de la manipulación" no han desaparecido. Pero el resultado de la manipulación general ya no conlleva predicciones tan pesimistas como anteriormente. Como ocurre a menudo, la propia predicción ha cambiado el curso de lo que se había predicho. Parece una exageración, aunque en realidad no lo es, el decir que la ola de la "generación alienada" fue también en este sentido la precursora de la generación posmodernista.

El espectro de la "sociedad de masas" en la que a todo el mundo le gusta lo mismo, todo el mundo lee lo mismo, fue una especie de intermedio en Europa y en Norteamérica. De hecho, lo que ha surgido no es la estandarización y unificación del consumo, sino más bien una enorme pluralización de gustos, prácticas, diversiones y necesidades. La cantidad de dinero de que se dispone para gastar sigue dividiendo a los hombres y a las mujeres, pero ocurre lo mismo con el tipo de diversiones, placeres y prácticas que buscan. En lugar de convertirse en el Gran Manipulador, los medios de comunicación se han convertido en un catálogo para gustos altamente individualizados. Y lo que es más importante, los diferentes modelos de consumo se han asimilado con una variedad de estilos de vida "de acuerdo con las preferencias de cada uno" y, por supuesto, con los medios de que se dispone para satisfacer esas preferencias.

Relativismo cultural

Al llegar a este punto, es necesario volver al problema general del relativismo cultural. Los modelos culturales no occidentales fueron descubiertos en primer lugar por la "Bohemia"; el gusto de los bohemios era realmente exótico. En la actualidad, las culturas "extranjeras" están presentes en todos y cada uno de los niveles. Se han arraigado en nuestras prácticas culturales; han sido asimiladas y se han convertido en algo "común": desde restaurantes chinos a vestidos indios, pasando por peinados afro y novelas latinoamericanas. Aunque parezca extraño asociar la comida china, los peinados afro, el té de hierbas y las películas porno con la "generación alienada", sigue siendo un hecho que esa generación introdujo esta parafernalia de novedades exóticas en el menú de nuestra vida diaria, en el que hay lugar para todos los gustos. Sin embargo, un menú muy variado no parece ser equivalente a un estilo de vida. Por el contrario, algunas prácticas, algunos gustos y preferencias constituyen modelos. Se pueden identificar fácilmente varios "modelos" en los que "esto va con aquello" pero no con otras cosas.

Sin embargo, se presenta un problema respecto a esta variedad infinita, esta pluralización de los modos de vida, esta extinción de las culturas de clase etnocéntricas y autosuficientes. Hannah Arendt y muchos más después de ella señalaron en seguida que las clases sociales son necesarias para llevar a cabo políticas racionales. Las clases pueden dar origen a instituciones (organizaciones políticas que representan sus intereses): los gobiernos representativos surgen de la sociedad de clases.

Si las clases están en proceso de decadencia, si las culturas se están pluralizando hasta llegar al grado de particularización absoluta, la pregunta que se plantea es si todavía es posible un proceso significativo y racional de toma de decisiones. Se trata sólo de corporaciones que están organizadas de acuerdo con funciones, y las corporaciones no representan los intereses de modos de vida en su conjunto, sino los intereses de funciones particulares. De este modo las sociedades basadas en procesos de toma de decisiones de tipo corporativo pueden fácilmente ser descritas como "sociedades de masas", a pesar de su pluralización cultural.

La "generación alienada" defendió una "política de lo cotidiano", un tipo de política que estuviera arraigada en las comunidades y en los modos de vida a todos los niveles de la estratificación social. En el estado en el que nos encontramos todavía no está claro si la pluralización y relativización cultural llevarán a la extinción de la política racional, o si serán el preludio de una forma o formas más racionales y

democráticas de acción política, de una combinación de sistema parlamentario con un tipo de democracia directa. De momento no tenemos suficientes datos para la extrapolación. Los Verdes alemanes son un fenómeno demasiado local para realizar una extrapolación, incluso extremadamente prudente.

Funcionales, no-funcionales y posfuncionales

Veamos ahora el cambio en las relaciones entre generaciones. Las tres olas de movimientos han sido obra de las generaciones más jóvenes. Sin embargo, es necesario aclarar el término "joven". En una sociedad funcional, "jóvenes" son los hombres y mujeres (y no sólo los chicos y chicas) que no realizan una "función" que les aprisiona en un estrato u otro dentro de la división social del trabajo. Así, los estudiantes son jóvenes aunque tengan treinta años, lo que significaba ser de "mediana edad" en la generación de nuestros abuelos. Precisamente debido a esta connotación funcional, en lo sucesivo evitaré la distinción "joven" y "viejo" (de cualquier forma, los ciudadanos viejos o de la "tercera edad" son en la actualidad los que ya no tienen un empleo, o dicho de otro modo, los "posfuncionales").

Los actuales cambios en la relación entre generaciones prefuncionales y funcionales son tan evidentes que se pueden apreciar a partir de signos externos. En las culturas de clase, los hombres jóvenes intentaban aparentar más edad de la que tenían. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, el modelo se fue transformando progresivamente hasta el punto en que llegó a invertirse totalmente. Actualmente, las personas que están completamente desarrolladas mental y físicamente se esfuerzan, a veces desesperadamente, por parecer jovencitos, y se comportan como tales. La "imagen" tiene un significado social específico. El parecer mayor de lo que se es expresa el deseo de ser tratado como un adulto responsable, o al menos que está preparado para asentarse. El parecer más joven de lo que se es expresa el deseo de ser tratado como alguien que todavía está abierto a cualquier opción, que todavía no es un "burócrata", que todavía no está fosilizado por su función. En la cuestión de las olas generacionales, se ha convertido en algo común el que los miembros de la "generación funcional" persigan literalmente los favores de sus hijos para que se les considere como "jóvenes honoríficos". El término y las prácticas asociadas con la "crisis de la madurez" se han inventado en este mundo de la división funcional del trabajo; es un producto exclusivo de la sociedad funcional. En una cultura de clases, ya sea en la burguesía, la clase trabajadora o la aristocracia, el ser de mediana edad le confiere a uno una dignidad que es la cualidad representativa del adulto hecho y derecho. Es siendo adulto, siendo alguien que todavía es física y mentalmente

capaz, pero que ya posee una gran experiencia, que uno se convierte en persona de una determinada cultura. En la crisis de la madurez, los hombres quieren ser inmaduros y sin ataduras, ser atrevidos adolescentes en busca de una nueva identidad.

La división funcional del trabajo se acompaña de una combinación muy compleja y ambivalente. La realización de una función requiere identificación, especialmente en el mundo de los negocios y en las instituciones públicas. Cuanto más fuerte es la identificación con la realización de la función, más grande es la tentación de convertirse en un pelmazo autosuficiente, o en un burócrata arrogante.

El que realiza una función siente un impulso casi inevitable que le hace excluir a los jóvenes porque son competencia. La autosuficiencia relacionada con la función no es a menudo más que una tapadera psicológica por miedo a la competencia. Esto supone que los padres de este tipo no tienen grandes conflictos con sus propios hijos, sino con los hijos de otros. Por lo tanto, el parecer joven tiene una doble función: ayuda a que el adulto sea "aceptado" por los jóvenes de su propio medio y les da paso en la competición con los hijos de otros. Y este conflicto precisamente se resuelve normalmente en la "crisis de la madurez" cuando la persona de mediana edad se retira de la competición y le da la alternativa al joven. El mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial ya no es edipiano. Que haya otro tipo de neurosis es otro tema. La tesis de Lasch sobre el narcisismo constituyó un intento significado por explorar nuestras nuevas enfermedades.

Una revolución cultural

Recordemos por última vez las tres olas de movimientos culturales que se han dado después de la Segunda Guerra Mundial. En todos los altibajos de sus continuidades y discontinuidades, un rasgo ha permanecido estable. Los movimientos feministas han constituido una tendencia fundamental en las tres olas, y esta ha sido la tendencia que, a pesar de algunos retrocesos menores, ha transformado de forma absoluta la cultura moderna. El feminismo fue, y ha seguido siendo, la más importante y decisiva revolución social de la modernidad. A diferencia de una revolución política, una revolución social no estalla: ocurre. Una revolución social es también siempre una revolución cultural. Se ha mencionado aquí repetidas veces la relativización de las culturas, las incursiones de las culturas "extranjeras" en las culturas occidentales. La revolución feminista no es únicamente una contribución más a este enorme cambio, es la más importante de todas. Y en efecto, la cultura femenina, hasta ahora marginada y no reconocida,

está en la actualidad próxima a alcanzar una declaración final en su propia defensa, y a reivindicar la mitad de la cultura tradicional de la humanidad. La revolución feminista no es simplemente un fenómeno original de la cultura occidental, es una línea divisoria en todas las culturas existentes hasta ahora.

La revolución feminista no pudo haber sido producto exclusivamente de la nueva forma de división del trabajo. Era necesario que en la "institución imaginaria de significado" global estuvieran presentes las instituciones democráticas, los valores conceptuales de libertad, igualdad y derechos, para que surgieran los movimientos feministas portadores de la revolución. Porque las mujeres, exactamente igual que los hombres, podían incorporarse a la división funcional del trabajo, pero las mujeres también podían seguir sujetas a la dominación de los hombres. Por otro lado, sin una división funcional del trabajo, no se habría alcanzado, y esto por una razón muy sencilla. Las mujeres no habrían tenido la oportunidad de ganarse la vida por sí solas, de conseguir las mínimas condiciones previas para una vida independiente.

¿Por qué existe la creencia generalizada de que "los movimientos han desaparecido", de que los últimos cuarenta años han sido un período en el que "no ha ocurrido nada"? Tal vez se deba a que estamos demasiado acostumbrados a la historia como historia política. Y sin embargo, por encima de todo, la historia es social y cultural. Es la historia de la vida diaria de los hombres y de las mujeres. Si se observa de cerca, esta historia revelará cambios decisivos que incluyen una revolución social. Las tres olas de movimientos culturales analizadas anteriormente han sido las principales impulsoras de esta transformación. No han alterado el navío, pero sí han cambiado el océano en que este navega.

*Artículo originalmente publicado en la revista Letra Internacional N° 8, Madrid. Los subtítulos en esta edición son de responsabilidad de NUEVA SOCIEDAD.